



REDACCION Y ADMINISTRACION:  
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:  
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA  
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,  
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....,, 25

Habana 18 de Febrero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.  
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75  
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ ,, 30

Núm. 7.

#### SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—La ceniza en la frente, por Juan Perez.—Todo está arreglado...! por Juan de Austria. Frituras, por Juan de Juanes.—Charada recitada para representar en los salones, por John Bull.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—

CARICATURAS.—Por Don Junípero.

#### MENESTRA SEMANAL.



Grande animacion ha reinado en los dias de Carnaval!

¿Ustedes se han divertido?

Pues yo tambien, y mucho.—Claro está! qué razon habia para que no se divirtiese uno todo lo que el cuerpo pide, la voluntad desea y hasta donde el dinero alcanza?

Es usted yankee, señor prójimo de mis entrañas?—Nó? pues entónces no le preocuparía á usted ni la cuestion del *Alabama*, ni la reeleccion de Grant, ni la actitud de la Inglaterra, ni nada, y ha podido usted entregarse con entusiasmo á los placeres del Carnaval. ¿Es usted inglés?—Tampoco? pues no teniendo que pensar en que el tratado sobre el *Alabama* se ha roto, ni en las reclamaciones indirectas que sobre el mismo asunto hace el gobierno de los Estados-Unidos, ni en que el principe de Gales haya salido de su cuidado, ni en que por si fué ó por si vino es fácil que se arme una cachetina entre dos naciones que hablan inglés, estaba usted en situacion de rellenarse el cuerpo de alegría y los oidos de música bailable.

¿Es usted francés?—Mucho ménos? pues no teniendo que pensar ni en la indemnizacion de guerra, ni en Mr. Thiers, ni en los principes de Orleans, figúrese usted si le habrá quedado tiempo para divertirse á troche y moche.

¿Es usted ruso?—Ni por pienso? pues ancha es Castilla, porque no siéndolo, maldito lo que le importará á usted que la Prusia se ponga cada vez más-rumbosa, ni que la Puerta Otomana esté cerrada ni esté abierta, ni que el paso de los Dardanelos se convierta en paso... de baile.

¿Es usted austriaco?—Ni por asomo? pues no es poca suerte no verse como el gallo de Moron.

¿Es usted italiano?—De ninguna manera? pues entónces no se habrá usted podido poner triste oyendo y entendiendo lo que haya dicho el *espíritu* de Bellini al ver la triste suerte que ha corrido en Tacon su *Norma* querida.

¿Qué es usted, hombre de Dios, qué es usted?—Español? ¡ajajá! ¡viva el rumbo, viva la gracia y vivan los doblones de á cuatro!

Por eso decia yo que no hay razon para que dejásemos de divertirnos.

Sí señor; los españoles vemos que la pícarra insurreccion se vá concluyendo, concluyendo, concluyendo por puntos.

Vemos que uno de sus principales corifeos, Miguel Aldama, acaba de recibir un terrible castigo por sus felonías y que vá á purgar sus culpas y pecados.—¡Pobre! se ha vuelto á casar! *Infelice, el veneno bebiste!*

Vemos que la escuadra yankee nos ha perdonado la vida....

Vemos que vá á venir un príncipe ruso bien conservado y sin falsificacion.

Vemos....

Y, naturalmente, nuestro horizonte se halla tan despejado, que ni siquiera lo enturbia una nubecilla en forma de carlista con trabuco, ni se presentan indicios de que pueda, por ahora, soltar un nuevo exabrupto Diaz Quintero.

Por eso hemos disfrutado diversion completísima y sin mezcla de sustancias perjudiciales.

Descanso de cinco minutos para tomar resuello y empezaremos otro párrafo.

Sí señor, cada uno se ha divertido segun su clase. El opulento ha cifrado su ventura en un lujoso coche tirado por cuatro, seis ú ocho caballos: cuantos más caballos, mejor; el Carnaval del rico es cuestion de piernas.

El individuo de la clase media ha tenido su Carnaval, sepultándose entre las enormes ruedas de un quitrin y contemplando, *por la popa*, un caballero con el cuello torcido, que á duras penas tira del armatoste, y otro que vá mirando de reojo las fatigas que pasa su compañero.

Otros sujetos de clase más modesta han tomado por tipo de diversion el vestirse de estudiante y pedir dinero.—¡Mire usted qué gracia!

Y... qué más? yo he visto á un individuo, al parecer bonachon, de noche, cuando aún no habian encendido el gas ni la luna habia asomado la cara por la ventana, parado en una esquina sólo, envuelto en un dominó de percalina de color de rosa, con careta en el rostro y sin chistar.—¡Qué bromazo!

Algunas horas después encontré en otra calle á mi hombre, tan sólo y tan callado como ántes, pero sin soltar el dominó ni la careta.

El bromazo seguía su curso.

¿Por qué pondria tal empeño en llevar la cara cubierta?

Por divertirse.

¡Caramba! se habrá dicho interiormente el tal prójimo, en todo el año no hay más que tres dias para disfrazarse, y no es cosa de perder la oportunidad....

Y se lanzó á la calle más bromista que todas las cosas.

¡Cuánto me he divertido! habrá exclamado el opulento al apearse de su coche.

¡Cáspita, qué diversion tan hermosa! habrá dicho el hombre del quitrin, mientras al calesero se le quedaban las piernas en forma de A de tanto ir haciendo el tenedor.

¡Recóncholes, lo que me he divertido! habrá murmurado el hombre de la esquina, guardando cuidadosamente el dominó para otra ocasion; ¡nó, pues el año que viene vuelvo á salir de máscara aunque se oponga el *sursum cordam!*

Y lo hará como lo dice! vaya!

Me asalta en este mismo instante un pensamiento filosófico.

Quiero aprovechar la ocasion, como el hombre del dominó de percalina, porque ideas profundas penetran muy pocas en mi *cacumen*, y si desperdicio esta....

Vamos á ver; ¿por qué para pedir dinero se elije el traje de estudiante?

Meditemos.

Meditemos aún más, porque me quiero lucir en la respuesta.

Allá vá.

Porque el estudio principal que hay que hacer hoy día es la manera de sacar el dinero al prójimo.

¡Caramba, qué profundo soy! Parezco un sábio alemán ó un pozo artesiano.

En cuanto á bromas de Carnaval, la más célebre que ha llegado á mi noticia es el memorial que once individuos han elevado al ministro de Ultramar, pidiendo la disolucion de los voluntarios de Puerto Rico y la supresion del Casino Español de aquella capital.

¿Ven ustedes como cada cual se divierte á su manera?

Murmurábamos del hombre del dominó de percalina, y se aparecen de pronto esos once, que solitos tambien, y puesta una careta, no muy bonita, se amparan de la sombra que les presta su carácter de diputados y senadores para dar el bromazo.

Pero ya los hemos conocido.

Huelen á rancio, están acartonados y desempeñan una mision *espinosa*.

Pues claro está; son laborantes ó bacalao de bodega.

Mucho ojo! porque á los laborantes los *pescan*, y los *pescados* y el bacalao son las *especies* que más se consumen en este tiempo de Cuaresma.

Y no digo más por no turbar el regocijo *unipersonal* del enmascarado personaje del dominó de color de rosa.

JUAN PALOMO.

## LA CENIZA EN LA FRENTE.

Vedla! impresa está en mi frente la huella de la sagrada ceniza, cuyo violado disco me recuerda lo deleznable y perecedero de las cosas humanas.

He ido al templo como ir debe todo fiel cristiano. De hinojos en las baldosas herogado á Dios por todos mis caros prójimos, pensando, y con razón, que muchos de estos rogarán por mí. Cuando yo me dedico á estas prácticas piadosas, no soy exclusivista, y lo mismo pido para el príncipe que para el maestro de obra prima, igual para el ministro que decreta la contribucion que pago, que para el honrado Fígaro que me hace la barba.

La verdad es que tratándose de pedir, sería una necedad quedarse corto, y así lo comprenden muchos, que por tal de pedir, hasta le piden al olmo peras.

El sacerdote se acercó á mí; yo adiviné su presencia por los latidos de mi corazón, preparado para esta religiosa ceremonia; los pasos graves, mesurados del elegido de Dios resonaban en él como el golpe de un martinete, y cerré los ojos, porque sabía que él iba á depositar en mi rostro la ceniza reveladora de mi fin, recordadora de mi principio; de dónde vengo y á dónde voy; lo que fui ántes de ser, y lo que seré después de dar en este mundo la postrera zapateta.

Por más que posea un génio medianamente festivo, algo dado al epigrama y á la zumba, no puedo asistir sin reverente emocion á las piadosas ceremonias de fé; que esto me lo inculcó mi madre y el buen cura de mi pueblo. Creo, sí señores; lo que no es chica ganga en esta época de eterna duda, que le hace á uno desconfiar hasta de la camisa que lleva puesta. Por eso exclamé al mirar la santa ceniza:—*Aparta ¡oh vista horrible!* como apostrofaba el mísero Macbeth al espectro vengador de Banquo.

Inclinóse el sacerdote hácia mí y murmuró en mi oído el tremendo *memento*; recuerda, me dijo...

Que si lo recordaba! En aquel instante no pensaba en otra cosa, y de todas veras me arrepentí de mis escarceos y trapisondas *non sanctas*. Veía más claro que el agua el fin de lo que es el principio para todo creyente, y me preguntaba admirado qué necesidad tendría el hombre del arrepentimiento para salvarse de las penas ofrecidas, cuando estaba en su mano la facultad de conservarse impecable; y ¿qué ganaban los humanos en consagrarse impiamente á jugarle al prójimo cada serrana partida que lo parta en dos? Seré franco: si yo no hubiera escrito más de cuatro artículos agresivos de los acabados en punta, y no hubiera jurado en falso otorgar mi blanca mano á una joven bizca, que tuve que abandonar precisamente por lo del ojo, el *memento* que me estremecía no hubiera tenido para mí su aterradora, ulterior significacion.

Hé aquí para lo que sirve la conciencia.

Después sentí en mi frente la sagrada ceniza, y en ella la conservo.

Sí, aquí estará como un sello bendito hasta que el vendabal mundano vaya arrebatándola en átomos que se llevarán mis recuerdos de hoy al mismo tiempo que se acallarán mis remordimientos al adormecerse mi fé, y.... hasta el año que viene.

Tal es el mundo. En él vegetamos impotentes, reducidos á la más ínfima expresion de la insignificancia. A despecho de nuestra vanidad, no somos responsables ni aún de nuestros actos.

Y después de conocer estas profundas verdades, escuche usted con paciencia la algarabía que arman ciertos declamadores que no sueltan de la boca las palabras: libertad, independencia, idiosincracia, voluntad propia, autonomía, y otras mil que constituyen la gárrula elocuencia de los evangelistas librepensadores.

¡Mal año á todos ellos! Por fortuna, cada trescientos y tantos días viene un miércoles de ceniza que les haga cavilar en lo fútil de su tarea, en lo absurdo y frágil de sus pretenciosas aspiraciones.

Por supuesto que habiéndome dado hoy por lo filosófico y lo grave, no he de descender á la vulgar tarea de investigar las flaquezas de mis semejantes, olvidando las mías. Nó! que en estos días tan propios para la meditacion no debe uno meterse con nadie; pero lo dicho no se opone á que yo haga partícipes á mis queridos lectores de la casa del Señor.

Pensaba: si los laborantes y demás traidorzuelos que por aquí pululan, tuvieran siquiera dos dedos de frente donde recibir el polvo del *no sé* que hoy distribuye la Iglesia, por fuerza abjurarían de las malas intenciones; recordarian cuán fugaz es la vida y la necesidad de dar cuenta al fin de ella de lo

que hicieron del depósito de la Pátria que recibieron al nacer y contra la que fueron traidores más tarde, cuando eran un tanto creciditos. Esto los haría reflexionar algo, porque aunque en broma se diga, es cosa seria eso de prepararse uno mismo tumba criminal al lado de la bendita fosa en que descansan sus padres.

Pensaba: con la ceniza en la frente se arrepentirán los españoles de haber despreciado el refran que enseña que *obras son amores*, para deleitarse tontamente con la música celestial que por su dinero les entonan los que se han erigido en órganos de la nacion, siéndolo de Móstoles; con la ceniza en la frente renegará Ruiz Zorrilla de sus viajes al extranjero; Sagasta, de sus biliosos arrebatos ministeriales; Serrano, de su paso por Alcolea; Tope, de haber sido infiel á Montpensier; Montpensier, á Isabel de Borbon; Isabel de Borbon, á su noble pueblo, al que en pago de sus sacrificios y cariño inmenso le arrimó un palo; y Figuerola, Ardanaz, Ruiz Gomez y Angulo sumarán espantados los intereses de la deuda nacional, acumulados á fuerza de empréstitos.

Pensaba: con la ceniza en la frente recordará estremecido Bonaparte las inútiles matanzas del 2 de Diciembre, su quijotesca intervencion en Méjico, la catástrofe de Maximiliano, sus bravatas á Prusia, el desastre de Sedan y los pasadizos secretos de las Tullerías; caerá Mr. Thiers en la cuenta de que no valía la pena á su edad de volverle la cara á los Orleans para calarse el más prominente gorro frigio, sirviendo á una república deseosa de enterrarle como á un ciudadano simple; y los franceses reflexionarán que

cuando Dios se determina  
á afligir á los mortales,  
no valen los cordiales,  
petróleo ni guillotina.

Pensaba: con la ceniza en la frente calculará el emperador Guillermo que todos los millones cogidos á Francia no alcanzan á comprarle el perdón de la madre que dejó sin hijos, de los hijos que dejó sin padre, por echar plantas de conquistador; Bismark conocerá que su flamante principado y esa popularidad á que ha sacrificado su honradez política, son cosas que no se podrá llevar al otro barrio, y esto influirá poderosamente en sus futuros, belicosos planes.

Pensaba: con la ceniza en la frente recapacitará Mr. Grant y sus.... pero ¡ay! estas gentes son poco católicas y les está vedado el sagrado misterio.

Con todo, he de decir á los barateros yankees que si siguen en la manía de buscarle tres pies al gato, se van á meter de patitas en un berengenal en el que no les ha de valer ni la bula de Meco. Hay cosas que deben pensarse, y una de ellas es poner cuerdamente el pellejo á buen recaudo de las palizas españolas, que son de encargo y por los modelos de aquellas que probaron en 1850 y 51.

Algo más pensaba; pero ¿á qué decirlo? Lo escrito sirve para un artículo, y esto le basta á vuestro amigo

JUAN PEREZ.

## TODO ESTA ARREGLADO....!

Respiremos!

Aún hay una providencia que vela por nosotros. A pesar de las grandes innovaciones que se han introducido en todos los ramos, aún hay una providencia que se ocupa en proteger al desvalido.

Toma diversas formas para ejercer su mision, hace uso de miles de disfraces, pero el caso es que siempre hace sentir sus efectos.

Ah! Uno de esos se nos ha ofrecido ahora, tan sorprendente, que no lo hace mejor, aunque dé mucha tiza al taco, el más famoso jugador de billar.

Una mañana muy tempranito se fué la providencia á Cayo-Hueso.

Tenia el propósito decidido de salvarnos, y no titubeó para entrar en aquel foco, aunque debe haber en él mal olor perpétuo.

Llegó á Cayo Hueso, y busca por aquí, busca por allá, encontró un sér muy parecido al hombre, sucio, harapiento, asqueroso, con las uñas ribeteadas, el pelo lácio, los dientes divorciados unos de otros, la camisa *sin rival* que le hiciera la competencia, y los dedos de los pies al aire libre, abriéndose paso, sin consideracion alguna, por entre el becerro de las botas.

Este sér, bastante parecido al hombre, era un *escritor*; nada menos que redactor de un—al parecer—periódico que en aquel islote se publica en lengua que quiere ser castellana.

En el cuerpo de aquel redactor se metió la providencia decidida á todo por salvar á la pobre Es-

paña y á sus pobres, tristes y remononísimos hijos del peligro que se les venia encima por momentos.

Cómo penetró en aquel cuerpo no lo sabemos, porque no lo ha querido revelar á nadie, pero algun día lo dirá la historia, y entónces satisfarémos esta pícara curiosidad que nos roba el sueño, sin que tengamos derecho á llamarla ladrona.

Lo cierto es que penetró, y que á esta *penetracion* debemos el habernos salvado.

¡Oh, sí! nos hemos salvado.

¡Día feliz....! ¡Día feliz....!

En el libro del destino estaba ya escrita la perdicion de España.... y sus arrabales.

Página 27, capítulo 8º, párrafo 3º del susodicho libro del destino, allí estaba escrito nuestro aniquilamiento, sin una errata siquiera y sin faltarle punto ni coma.

Está claro! una série no interrumpida de lúgubres acontecimientos se habia congregado para perdernos. El largo cautiverio sufrido, á pesar de su valor indomable, por los vapores *Hornet*, *Virginia* y *Florida*, la detencion de este último en alta mar, un cólico que tuvo el capitan del primero, la precision que tiene el presidente Grant de adquirir aura popular, una novia por lo fino, que *se echó* el contra-maestre del *Virginia*, todo hacia presumir que la guerra entre España y los Estados-Unidos era inevitable.

Y habiendo guerra, inevitable era tambien que España fuese vencida, porque así lo habian dispuesto en junta general Reyes, el director de *La Juvenil*, Tincker, abogado dentista, y otros héroes.

Estábamos perdidos irremisiblemente si la Providencia no hubiese venido en nuestro socorro.

Así estaba escrito en la página 27, capítulo 8º... etcétera del libro del destino; y el hado (no digo *helado* porque se siente algun fresco, sino *el hado*, es decir, el *señor de Hado*) tenia el encargo de hacer que se cumpliese nuestro sino fatal.

Aquel hombre, en cuyo cuerpo se metió la Providencia con el fin de protegernos, escribió un artículo que se publicó en *El Republicano*. La Providencia se lo dictó, y hasta es posible que le ayudase á cazar las letras; porque es de suponer que estuviera en esto bastante torpe.

El artículo, después de exponer los peligros que nos amenazaban, y que son, sobre poco más ó menos, los que yo he apuntado más arriba, pone el remedio de nuestros males de una manera tan clara, que está al alcance de todas las inteligencias, ya sean gordas, ya sean flacas.

Allá vá la panacea que nos regala el articulista: "España, procediendo con justicia y equidad, debería decir:—Cuba, páganos cincuenta millones de pesos, y reconozco tu independencia: Estados-Unidos, si soy noble y generosa con el débil, soy altiva y arrogante con el fuerte; te declaro la guerra (*sopla!*). ¿Qué sucedería? los Estados-Unidos no llevarían sus armas á Europa, pues allí se estrellarían; el mundo admiraría la heroicidad de España; nosotros, al ser felices, olvidáramos los sufrimientos que habíamos (!) recibido; las repúblicas hispano-americanas se apresurarían á reanudar los lazos de amistad que deben unir á pueblos ligados por los vínculos de la sangre, del idioma y del origen. España tendría una grande, verdadera y benéfica influencia en América: la raza latina adquiriría estabilidad, pues se equilibrarían las fuerzas hoy predominantes en el elemento anglo-sajon, pondríamos un valladar á la codicia yankee...."

Y después caería el telon en medio de estrepitosos aplausos, los pajarillos cantarían en el bosque, las pesetas falsas se esconderían avergonzadas y el mundo se conmoviera hasta las entretelas.

¡Qué felicidad, hombre, qué felicidad!

Pues todo esto podemos conseguirlo á bien poca costa; con sólo seguir la inspiracion del mugriento redactor de *El Republicano*.

Y vaya si lo seguiremos! No se ha metido en balde la Providencia en el cuerpo de ese hombre para marcarnos el rumbo que debemos tomar! No somos tan bobos que desperdiciemos esta ocasion de hacernos grandes, fuertes, magnánimos, simpáticos, adorables y buenos mozos á la vista de Reyes, Tincker, Pancho Aguilera y demás dioses del Olimpo.

Nada, nada; todo está arreglado!

No hay duda: existe una providencia que vela por nosotros.

Esa providencia se ha valido de ese periodista para alumbrarnos por la oscura senda del porvenir. Ese periodista ha sido, pues, el *quinqué* puesto en nuestro camino para iluminarlo.

¡Bendigamos á la Providencia y apaguemos el *quinqué* ántes de que se le ponga negro el tubo.

JUAN DE AUSTRIA.

## FRITURAS.

Tengo un amigo de mucho talento, y tan modesto tocante á sus obras como vanidoso tocante á su físico. Se llama... pero, para qué he de decir su nombre?... se llama X.

X... cuyos cabellos han encanecido ántes de tiempo, (hay quien dice que por sobra de tiempo) constante siempre en su vida alegre y en su afán de no descubrir á las mujeres, acaba de dar un golpe de estado... Se ha teñido el pelo.

El otro día me lo encontré en el paseo y no pude contener mi admiración al verle con una cabellera más negra y brillante que el ébano.

—Hombre, le dije, me parece que ayer tenía usted el pelo bastante blanco.

—Es verdad, contestó con mucha flemma; pero traigo una vida tan desarreglada, que no me considero digno de llevar canas.

Los propietarios de casas van aguzando cada vez más el ingenio para sacar el jugo á sus inquilinos. Uno de estos últimos ha sido días pasados objeto de un asalto de su casero, que pretendía aumentar el año en más de doce meses.

—El mes no debe tener más que cuatro semanas, decía el propietario; así es que cada cuatro semanas me pagará usted el alquiler de la casa que habita.

No está mal pensado; pero es un compromiso grave para Mr. May, que tiene que arreglar de nuevo el calendario.

A que no saben ustedes cuántas edades tienen á un mismo tiempo las mujeres?

Apuesto á que me contestan: una sola, hombre, ¿cuántas han de tener?

—Pues no, señor; tienen tres edades distintas y una sola verdadera; á saber: La edad que ellas mismas se dan, la que representan y la que tienen en realidad.

Y á propósito de edades.

Voy á darles á ustedes una receta para averiguar con toda seguridad la edad que tiene una mujer.

Le preguntan ustedes primero á ella los años que tiene, en seguida á su amiga más íntima, sacan el término medio, y es la edad positiva.

Decía uno saliendo de un baile:

—Esta noche vá á haber aquí palos.

—En qué lo conoces? le preguntaron.

—En que acaban de darme dos, y muy buenos.

—Estoy como Balaam, dijo un elegante á una bella señorita con quien se encontró en un pasaje estrecho, detenido por un ángel.

—Y yo como el ángel, contestó ella, detenida por un pollino.

—¿A que no saben ustedes cuál de las naciones producen más matrimonios?

—Pues es la fasci-nación.

Un individuo que había hecho bancarota, presentó como único haber sus nueve hijos. Los acreedores se portaron con la mayor liberalidad y le permitieron guardarlos.

La escena ha pasado en uno de los últimos bailes de máscaras.

—Caballero, dijo un musulmán á un trovador, es usted un mal criado; aprovechándose de la confusión, ha cogido usted la cintura á mi compañera.

—Caballero, dijo el otro, yo no he cogido nada; regístreme usted si quiere.

Preguntábase á un muchacho su papá:

—Y tú ¿qué quieres ser cuando seas grande?

—Yo quiero ser el que hace los almanaques.

—Para qué?

—Para poner dos domingos en cada semana.

Conozco un caballero que lleva varios meses de casado con una joven muy linda; y sin embargo... ¡lo que son las cosas del mundo! está enamorado de una mujer de mala vida. Como suele suceder con los hombres de mundo, esta última hace de él lo que quiere.

—¿Sabes, decía días atrás el individuo á uno de sus amigos, que ando terriblemente disgustado? Mi querida me riñe á cada momento, porque mi mujer está en cinta.

—Díe que esas no son cosas tuyas, le contestó sencillamente el amigo.

JUAN DE JUANES.

CHARADA RECITADA  
PARA REPRESENTAR EN LOS SALONES.

## PERSONAJES.

Silaba 1ª  
Silaba 2ª

Silaba 3ª  
Silaba 4ª

El Todo.

(Las sílabas deben representarlas cuatro señoritas, cada una de las cuales llevará un medallón al pecho con su número correspondiente, á fin de auxiliar la memoria de los espectadores en las combinaciones. El Todo debe representarlo una persona de carácter ó un joven reposado. Al principiar la charada estarán las cuatro sílabas sentadas por su orden numérico. El Todo se adelanta y dice:)

El Todo. Cuatro sílabas componen el todo de mi charada; cuatro sílabas: primera, (señalándolas por su orden) segunda, tercera y cuarta. Sílabas que por sí solas, ya sueltas ó combinadas, son partes de la oración y forman varias palabras. Pero ellas personalmente las combinaciones varias se encargarán de ilustrar con enigmas y epigramas. Suplico, pues, la atención de caballeros y damas, y ustedes, señoras Sílabas, (dirigiéndose á ellas) dñense ya por presentadas.

Silaba 1ª (Levantándose y adelantándose). Soy letra consonante.

Silaba 3ª (Idem).

Pues yo tambien.

Silaba 2ª [Idem, colocándose entre las dos].

Yo suelo ser articulo.

Silaba 1ª Bravo!

Silaba 2ª Muy bien!

Silaba 1ª Yo he servido en un tiempo de conjuncion;

mas hoy sirvo á menudo de interjeccion.

Silaba 3ª De dos verbos distintos.

yo represento

dos personas diversas

y hasta dos tiempos.

Silaba 2ª A menudo me ponen

en vez del nombre;

ya comprendeis con esto

que soy pronombre.

Silaba 1ª Usóme como número

la antigüedad.

Silaba 3ª A mí tambien. ¡Qué rara

casualidad!

Silaba 1ª En la Química, signo

soy de un metal.

Silaba 2ª Yo lo mismo.

Silaba 3ª Yo mo me hallo

en caso igual.

Silaba 1ª Allá entre los romanos,

puesta en la frente,

era yo marca infanda

del delincuente.

Silaba 3ª ¡Pues vaya un digno título

de tu engrimiento!

Yo, más cortés, soy signo

de tratamiento.

Silaba 2ª Yo, hermanitas, soy sílaba

de mucho tono;

porque en la escala ocupo

un alto trono.

Silaba 1ª ¡Un trono tú! En qué escala?

¿En la social?

Silaba 2ª No, señorita, en otra:

la musical.

Silaba 3ª (volviéndose á la sílaba 4ª, que ha permanecido sentada.)

¿Qué hacéis tú tan callada,

Silaba 4ª?

Silaba 4ª Es que sola, no toco

pito ni flauta.

(Se adelanta, coge de la mano á la Silaba 2ª y forman la

COMBINACION PRIMERA.

Sílabas 2ª y 4ª.

Silaba 4ª Mas contigo, segunda,

y en esta forma,

soy apellido ilustre

en nuestra historia.

COMBINACION SEGUNDA.

Sílabas 1ª y 4ª.

Silaba 1ª Mas si usurpo yo el puesto

de la Segunda, (lo hace)

lo que todos tenemos

luego resulta.

Silaba 4ª Y se dice á persona que nos es grata, ó bien á cualquier cosa que no es barata.

COMBINACION TERCERA.

Sílabas 3ª y 4ª.

Silaba 3ª [tomando el lugar que ocupaba la 1ª].

Pues unidas entrambas

de esta manera,

se nos aplica á cosa

que es verdadera.

COMBINACION CUARTA.

Sílabas 1ª y 3ª.

Silaba 1ª Vete, Cuarta, que prima

con terciá uniendo,

voz latina es que indica:

“anda con tiento.”

Silaba 3ª Y tambien es presente

de subjuntivo

que denota trabajo

de campesino.

COMBINACION QUINTA.

Sílabas 2ª y 3ª.

Silaba 2ª Pues yo otro subjuntivo

puedo formar,

si tu puesto, Primera,

vengo á ocupar.

Silaba 3ª Trabajo que ejecutan

á centenares

las mujeres á orillas

del Manzanares.

COMBINACION SEXTA.

Sílabas 1ª y 2ª.

Silaba 1ª [á la 2ª].

En las costas me encuentran

si voy contigo,

y á los buques pequeños

damos abrigo.

Silaba 2ª Es cierto. Y agujero

somos á veces,

que hacen los albañiles

en las paredes.

Silaba 1ª Y somos tambien trozo

que á cierta fruta

alguna vez se corta

si está madura.

Silaba 2ª Indicativo somos

tambien de un verbo,

que denota cien cosas

á un mismo tiempo;

pues significa ver,

examinar,

empapar, comprender

y penetrar.

Silaba 1ª Y se aplica á las velas,

armas de fuego,

bayonetas, viseras,

cubas, sombreros.

COMBINACION SETIMA.

Sílabas 3ª y 2ª.

Silaba 3ª Somos las dos, Segunda,

cosa precisa,

sin la cual ningun barco

puede ir aprisa.

Silaba 2ª Sin dormir muchas noches

las dos pasamos,

pero á nosotras mismas

nos alumbramos.

COMBINACION OCTAVA.

Sílabas 1ª, 4ª, 3ª y 2ª.

Silaba 4ª (yendo á buscar á la Primera, y colocándose al lado

de las otras dos en el orden expresado).

Combinadas las cuatro

de esta manera,

y cambiando una letra

de la Tercera,

somos las que, cruzando

el mar profundo,

con Colon descubrimos

el Nuevo Mundo.

[Van á sentarse en el orden que estaban al principio. El Todo se adelanta].

El Todo. Aunque el todo represento,

señores, yo no lo soy;

sin embargo, yo lo tengo

y este enigma á explicar voy.

Se puede bien tener algo,

y sin embargo, no serlo;

como tambien es posible

ser algo, mas no tenerlo.

Esto para con n i todo,

y les diré en conclusion,

que ustedes todos lo tienen,

pero no todos lo son.

[Nueva-York, 1872.]

JOHN BULL.



—Estoy bien así, esposa mía?  
 —Sí, hombre.  
 —No me conocerán con esta careta?  
 —Los que pudieran conocerte no van al baile.



—Quieres cenar conmigo, mascarita?  
 —Caballero, yo soy una mujer honrada y no ceno con personas á quienes veo por primera vez. Convideme á comer mañana y cenaremos después del baile.



La moda de los lunares. Excelente para las que han sufrido de la viruela.



Una broma algo pesada para la Francia.

## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 8 DE FEBRERO.

Tengo para mí que algún pariente del hidalgo manchego hubo de venir á los Estados Unidos en aquella barcada de puritanos que fundaron la colonia de Nueva Plymouth.

Y tengo la convicción de que ese pariente de don Quijote fué uno de los que más contribuyeron á la propagación de su especie y pobló la antigua Virginia de innumerables descendientes, que todos llevan en el cerebro la enfermedad hereditaria de la familia.

En una palabra: en ningún país hay tantos Quijotes de carne y hueso como en los Estados Unidos.

Pero esos no son los peores.

El más terrible de todos los Quijotes *yankees* es de papel. Se llama *Don Herald de Nueva York*.

Este sí que es el loco más loco que he conocido, y tan rematado es el buen señor, que es capaz de hacer perder el juicio á cuantos tengan la paciencia de escuchar sus desatinos.

Y lo peor del caso es que no nos deja un momento de tranquilidad ni reposo, pues por un quitame allá esas pajas arma tremolina con cualquier nación, y cántanos embarcados en una guerra formidable, de la que sale siempre victorioso el *Herald*, pero que no deja por esto de hacernos pasar un susto campanudo.

Ya te dije como al *Herald* se le antojó declarar la guerra á España por no sé qué trapisonda que le pasó al *Florida*.

Supiste más tarde el *ultimatum* que envió el *Herald* á Rusia por un chisme de salón, es decir, porque un *gato* se disputó con una *sardina*, que estos son los gráficos calificativos que se daban en Washington á Mr. Catacazy y á Mr. Fish, en duda porque *cat* en inglés significa gato y *fish* pescado.

Pues bien: ya habíamos vuelto victoriosos de la incruenta campaña y colocado nuestras armas en la panoplia, cuando héte aquí que vuelve el *Herald* á sonar la trompa bélica y no hay más remedio que amarnos á toda prisa.

—*Where is the foe?* preguntamos todos. ¿Dónde está el enemigo? Quién se atreve esta vez á turbar nuestro reposo?

—La Inglaterra! exclama el *Herald*. Esa nación de taimados mercaderes, hombres sin honor, sin fé y sin conciencia, desleales y traidores y primos nuestros por más señas, se vuelve atrás de un pacto que hizo con nosotros. ¡Sus! á la guerra. Enviamos los monitores á castigar su imprudencia, haga cada cual trazas de ataque, aferrémonos en nuestros trece todos, hagamos trizas de sus buques, conquistemos trozos de su territorio y no haya *truce* ó cuartel para ninguno de sus hijos. A la guerra, valientes! Nuestras serán la Irlanda, el Canadá, las Antillas inglesas, la Australia, el Cabo de Buena Esperanza, las posesiones de la India y Gibraltar. ¡Que vaya el *Terror* á bombardear á Londres y los generales Jordan y Ryan lleven á Inglaterra una expedición de desembarco! La Rusia y la España se aliarán á nosotros en reconocimiento de haberles perdonado la vida. La República de Cuba nos prestará dinero, hombres, armas y piernas para correr cuando ocurra otro *Bull Run*. ¡Hurrah! Vamos á poner un torpedo en el túnel del Támesis y volemos la Gran Bretaña, precipitándola en el fondo de los mares.

Y aquí nos tienes, JUAN PALOMO, ciñéndonos á toda prisa la coraza y calándonos el morrión para ir á decirle á Inglaterra, pistola en mano:

—¡La bolsa ó la vida! O nos paga usted la cuenta que nos dá la humorada de presentarle por las pérdidas directas que nos ha causado y por las indirectas del padre Cobos, ó le rompemos el bautismo si usted nos lo permite.

Y como es natural que ante esta heroica y patética intimación se rinda la Inglaterra [sobre todo, habiendo el príncipe Alejo matado el primer búfalo de la cacería en el tercer aniversario de su primera caza del oso] y se apresure á pagarnos el pico serio de aquellas indirectas, yo estoy preparando la cuenta que he de presentar por los daños que á mí me tocan y que por ahora contiene estas partidas:

Aumento anual de la vida en Nueva York por razón de la carencia de los artículos, á consecuencia de la guerra civil, cuya prolongación es debida á las depredaciones del <i>Alabama</i> y otros piratas, \$2,000, que en 10 años [desde 1862] son.....	\$ 20,000
Por un negocio pingüe que pensaba hacer el año pasado, pero que no he podido realizar por no encontrar quien me prestase capital, efecto de la desconfianza general que reina en el país, producida por la guerra, cuya prolongación es debida á las depredaciones del <i>Alabama</i> y otros piratas.....	\$ 50,000
Por un magnífico gaban de chinchilla y una chistera de castor que perdí en el baile que dieron en Brooklyn los marinos en honor del príncipe Alejo, por causa de la desmoralización de la marina americana, producida por la prolongación, etc.....	85
Por las contribuciones directas é indirectas que	

he pagado á la municipalidad de Nueva York, al gobierno del Estado y al Tesoro Federal en diez años, motivados por la penuria que ha traído la guerra civil, cuya prolongación, etc. \$ 10,000

Por otros conceptos difíciles de enumerar y otros que no recuerdo, efecto del trastorno que produjo la guerra civil, etc. \$ 39,915

Total de reclamaciones. \$100,000

*Nota.*—No deseando ser gravoso á la Inglaterra, hago caso omiso de los intereses que hubieran podido producir estas cantidades en los diez años que han transcurrido desde que Inglaterra prolongó la guerra civil de los Estados Unidos.

Y ahora, JUAN PALOMO, ¿quieres que te diga en confianza por qué los Estados Unidos quieren que Inglaterra les pague los daños indirectos?

Porque saben que España se los ha de exigir algún día por la prolongación de la insurrección, y quieren sentar este precedente para que España apoye con él su demanda.

¡Y luego dirán que los *yankees* no son generosos!

JOHN BULL.

## CUENTOS DE MANIGUA.

## CUENTO CUARTO.

## LAS DOS BARAJAS.

## XLIII.

Cansado de la penosa expedición al ingenio, y más cansado todavía de hablar de Adelina Casamayor, por la noche caí en el catre como un tronco, y dormí profundamente; pero entre sueños veía á mi compañero el alférez Pacheco, que insistía en prohibirme que hablara de su amante, aunque me sacaba del cuerpo las palabras, como dice el vulgo, para que no hiciera más que nombrarla; así, había tenido que referirle todo lo que con ella había mediado, satisfaciendo su amor, y de paso, su amor propio.

Cuando desperté eran las nueve; abrí con trabajo los ojos, y á mi cabecera vi sentado á Félix Pacheco, que me velaba el sueño, ó más bien, esperaba que lo sacudiera para hablarme de ella.

—Amigo mío, dije desperezándome; ¿esto es una persecución! Hoy no nombro á Adelina.

—No sea usted cruel; no vengo á importunarle con ella; vengo á que admire usted los progresos que hago con mis piernas de palo.

Y al decir esto, apoyándose en las muletas, echó á andar con paso firme; si se me permite determinar así la seguridad con que dió algunas vueltas por la habitación, sin caerse.

—¡Esos son muchos adelantos, exclamé asombrado. ¡Todo lo vence la voluntad!

—Y el estudio, amigo don Juan; esta noche no me he acostado, pues la pasé, como las grullas en un pie, ensayándome.

—Eso quiere decir que se dispone usted hoy á ver á Adelina?

—Eso quiere decir que necesito andar y salir de casa....

El asistente del alférez entró á avisarme que el alcaide de la cárcel había ido, de parte del preso don Ruperto Casamayor, á pedirme que fuese á verle en seguida, pues á las doce se reunía el consejo verbal para juzgarle.

—¡Pobre tío! murmuró Félix.

—¿Tío? ¿Ya se lo apropió usted también? ¡Es usted un hombre impresionable hasta la inverosimilitud!

—Es tío de Adelina....

—Ya.... ¿Y qué querrá conmigo ese buen señor?

—Buscará amparo en su situación, que es bien crítica.

—Nada puedo hacer por él; pero, en fin, la humanidad me obliga.... Voy al momento.

Vestíme de prisa y salí; al poner el pie en la puerta, me dijo Pacheco:

—Si la ve usted, amigo mío....

—Si la veo, le interrumpí, aseguraré que ya sabe usted andar con muletas.

El alférez se sonrió, y me dirigí á la cárcel; pero al cruzar por la plaza de la Soledad, vi á mi asistente que barría el zaguán de la casa de Adelina, y creí oportuno entrar para saber si las señoras habían descansado.

La puerta se mecía en la sala, moviendo el columpio por costumbre, pues su fisonomía delataba la preocupación que la dominaba; al verme entrar, frunció la ceja del ojo hábil, y haciendo un esfuerzo, me tendió la mano con simulado afecto.

—Gracias, caballero, me dijo, por las atenciones que á usted debemos; pero soy tan desgraciada....

—¿Por qué?

—No he podido pegar los ojos en toda la noche.

En aquel momento me ocurrió ponerle delante de la cara un espejo para convencerla de que aquel sustantivo *en plural* estaba mal usado, porque no tenía más que un ojo; pero me conpedí de su dolor, y la dejé hablar.

—¡Oh! continuó con amargura; ¡esta casa me trae tantos recuerdos!

—Lo creo, señora. Hay que conformarse con la suerte.

—Y mi cuñado Ruperto? se atrevió ella á preguntarme.

—Ahora voy á verle.

—¡No ha acudido á ampararnos!

—No es posible, porque está preso.

—¿El también?

—Es reo de infidencia.

—Nadie se escapa, murmuró la tuerta echando fuego por el ojo.

—Nadie, señora; sólo se escapan los que son leales. Hasta luego.

Al salir, encontré á Adelina en el comedor; me aguardaba, y le estreché la mano, diciéndole:

—Volveré pronto; ¿el no habla más que de usted.

—¿El? preguntó la jóven aparentando no haberme com-

prendido, sin duda para que siguiera hablándole de Pacheco.

—Sí: él, repetí sonriéndome; y ya hace pinitos como los niños.

—No entiendo....

—Es decir, que ya anda con muletas, y andando ya, no es difícil que le vea usted pronto.

Iba ella á preguntarme algo; pero la dejé con la palabra en la boca, comprendiendo que la conversación se haría interminable, pues me acordaba de lo que en idéntico caso me había pasado la víspera con el alférez.

Me dirigí á la cárcel, con bastante sentimiento, porque no era agradable el cuadro que allí me esperaba: por traidora que hubiera sido la conducta de don Ruperto Casamayor, no podía olvidar que había estrechado algunas veces su mano, y que yo le había llevado á la situación en que se encontraba.

El alcaide me acompañó al calabozo, donde encontré á don Ruperto muy agitado; al verme entrar, se levantó apresuradamente, y cogiéndome las manos en ademán suplicante, con expresión de terror, me dijo:

—Perdone usted que le haya molestado, pero no tengo á quien volver los ojos en la terrible situación que atravieso.

—¿Qué quiere usted de mí, señor Casamayor?

—Sé que me ha entregado usted á la acción de la justicia, sé que todo me acusa; pero sé también que usted es bueno y que no me abandonará en mi desgracia.

—Nada puedo hacer para favorecer su causa; el delito de usted es muy grave, y no hay en él una circunstancia atenuante.

—Sí: hay una.

—¿Cuál es?

—He sido traidor á la causa de España por la presión que la familia ejercía en mi ánimo.

—Eso no habla en su favor; el buen patriota por nada ni por nadie vende su bandera. ¿Ha declarado usted ya?

—Sí.

—¿Qué ha dicho usted á su juez?

—Que soy inocente.

—Pero las pruebas son irrecusables.

—Mas si usted puede salvarme, puede decir que....

—Diré la verdad, señor don Ruperto; ¡siempre la verdad! El honor de España y mi conciencia están siempre por encima de todo!

—¿Me abandona usted sin remedio?

—Soy un hombre honrado.

—¿Cúmplase la fatalidad de mi destino! exclamó don Ruperto, poniéndose muy pálido.

—¿No tiene usted ninguna prueba?

—Ninguna, ninguna, balbuceó el preso sujetándose las sienes.

Entonces corrí á ampararlo, porque cayó desmayado, y llamé al alcaide, saliendo de la prisión profundamente conmovido. ¡Aquel hombre estaba ya muerto!

A las doce se reunió el Consejo verbal; las pruebas de la infidencia de don Ruperto Casamayor eran claras como la luz, y el fallo no podía dudarse que había de ser terrible.

Una hora después, el Comandante general había firmado la aprobación de la sentencia de muerte impuesta por el Consejo á D. Ruperto Casamayor, y en seguida fueron á leerla al reo para ponerle en capilla. El tío de Adelina no oyó la sentencia, porque un nuevo deliquio se apoderó de él; cuando volvió en sí, se encontró delante del Cristo y de un sacerdote que le exhortaba á reconciliarse con Dios.—El laborante que tantos males había hecho á la causa de España, no tenía valor para morir.

En ese tiempo, volví á casa de Adelina para evitar que llegara á su noticia la desgracia que pesaba sobre un individuo de su familia, y advertí á mi asistente que á nadie dejara entrar de visita.

Doña Casiana estaba muy triste; no parecía sino que un presentimiento la dominaba, pues tenía la cabeza baja; era la primera vez que en su rostro aparecían síntomas de abatimiento. La fiera se iba domesticando.

Me senté en el comedor, al lado de Adelina, y le cogí una mano con afecto paternal.

—¿Qué desgracia para todos, le dije, ha traído esta funesta rebelión!

—¡Ah! no es usted capaz de apreciar lo que pesa sobre mi alma!

—La comprendo.

—Nó; mucho sufrí, contrariada siempre, antes de salir de la ciudad; pero después... ¡oh! después....

—¿Fue usted víctima de las exigencias?....

—¡Fue víctima de todo el mundo!

—Sé que amaba usted á Félix Pacheco.  
—¡Ah! ¡sí! ¡le amaba mucho!  
—¿Y ahora?  
—Ahora.... ¡él me despreciará!  
—¿Por qué?  
—¿Acaso no sabe que otro hombre, su enemigo, su rival, se casó conmigo?  
—Pero sabe también que usted creyó que había muerto, y que se vió perseguida por la familia, y por aquel miserable....

Adelina me miró con extrañeza, luchando entre el deber de salir á la defensa del que había sido su esposo, y la necesidad de apoyar el duro calificativo que le regalaba yo; al fin se contentó con bajar los ojos.

—Pero él.... murmuró.  
—El, amiga mía, protestó contra ese matrimonio, jurando no ver á usted más.

—¿No verme?  
—Sí; pero á pesar de su juramento, toda la noche ha estado ensayando la manera de andar con las muletas para....

—¿Para qué?  
—Para llegar á la plaza de la Soledad.

Me levanté entonces sonriéndome, y noté que del pecho de la joven se escapaba un profundo suspiro, delatando su emoción; y corrí á mi casa para alegrar el espíritu del pobre Pacheco, que como siempre, me aguardaba impaciente, y como siempre, me oyó con vivo interés.

Por la tarde se oyó á lo lejos una descarga que produjo un violento latido en mi corazón, y acordándome del reo que estaba en capilla, murmuré:

—¡Dios le haya recibido en su seno!  
El alférez, al ver la alteración de mi semblante, me preguntó:

—¿Qué tiene usted, amigo mío?  
—¿No ha oído usted unos tiros?  
—Sí: ¡se oyen tantos!

—¡Rece usted por el alma de don Ruperto Casamayor.  
El alférez levantó la cabeza para mirar al cielo.

¡Ah! ¡infortunado país donde se impone la dura necesidad de sellar la traición con la sangre de sus hijos!

(Continuará.) JUAN SIN-TIERRA.

## CARTAS TEATRALES.

### DECIMA CUARTA.

SR. D. JUAN ELO.—MADRID.—¿Conoces tú la *Norma*? Cuidadito, que no hablo de la ópera de Bellini, sino de la *Norma* de Tacon, *spartito* corregido y aumentado con premeditación y alevosía.

La *Norma* de Bellini es un tesoro de pasión, de dulzura, de sentimiento; la de Tacon es un cuadro de costumbres caseras, con sus correspondientes disputas, alborotos y pesadumbres, adicionado con la doble defunción de las dos principales personas, que al fin y al cabo mueren asadas.

Como hoy no he de hablarte de la ejecución de esta obra, porque no alcanza mi penetración á comprender tanta magnificencia, pasaré el tiempo en referirte el argumento de *Norma*, con circunstancias agravantes, pues es posible que tú no lo conozcas como se debe.

*Norma* era una joven de buena posición, que tenía el oficio de sacerdotisa, es decir, una especie de teniente cura femenino de aquella época.

Naturalmente, vivía soltera y sin que nadie tuviese nada que decir de su conducta. Pero la pícara casualidad hizo que un día tropezase en la plaza con un romano que la miró de hito en hito; ella cerró los ojos para no verlo, y efectivamente, á los nueve meses nació un muchacho, tan gordo que daba gloria verlo.

Polion, que así se llamaba el romano de la mirada comprometida, tuvo dos Polioncitos chiquitos, chiquitos, á los cuales pensaba dedicar á la carrera de maestros de obras.

Los dioses debieron ponerse furiosos con *Norma* por aquellas averías, pero por entonces no dijeron nada.

Mas como el diablo enreda las cosas de modo que siempre salen á su gusto, cádate que el señor Polion vé á una tal doña Adalghisa, también sacerdotisa, y se enamora de ella hasta las gachas.

¡Ha visto usted qué afición á la iglesia!

Polion le dijo á la chica que iba con buen fin, y ella le contestó:—Pues háblele usted á papá.

Pero *Norma*, que era muy lista y además estaba suscrita á todos los periódicos, se enteró bien pronto de la novedad, y naturalmente, se puso furiosa.

—¿Dármela tú de esa manera! gritaba una tarde.

Por fin determinó hacer una barbaridad, como les sucede á todas las mujeres que tienen celos.

Un día reúne á los sacerdotes y á sus señoras las sacerdotisas, y les cuenta de pé á pá todo lo que pasa: que ella tiene dos hijos y que lo que siente es no haber tenido más.

Figúrate la zaragata que se armaría! Después de mucho deliberar, determinaron los jefes asar á los delincuentes, sin que yo me pueda explicar qué tendrán de comun con las castañas las mujeres que han sufrido algún deterioro, para que las manden al hornillo.

Pues sí señor, mueren quemados, con el olor á chamusquina que es consiguiente, y dando un disgusto tan gordo á sus amigos, que en cuatro días no hablaron de otra cosa.

Te he contado este argumento *bufó* para llenar el vacío que ha dejado la *Norma* en mi ánimo y en el de todos; pero atravieso el charco, pasando de un lado á otro de la bahía, y llevo á Guanabacoa, donde encuentro cosas muy buenas que contar.

En la pintoresca y culta villa de Guanabacoa tiene JUAN PALOMO muchos y muy buenos amigos, así es que encontré un inmenso placer en asistir á la representación del *Trovador*.

¡Bendita sea la hora en que tal hice! No puedes imaginarte, Juan de mi alma, qué función tan brillante!

El desempeño de la obra fué admirable y superior al que ha tenido en el teatro de Tacon por los mismos artistas.

Tamberlick estuvo más inspirado que nunca; la Reboux, como cantaba en un teatro de ménos dimensiones, no tenía necesidad de esforzarse, así es que lució mucho y obtuvo un éxito muy lisonjero; la Natali, siempre una consumada artista; Mari, sin descomponer el cuadro, salvo algunos alardes de voz que le perjudican.

El público aplaudió con frenesí é hizo repetir al gran tenor la *cavalletta* de su aria con el famoso do de pecho.

El teatro estaba completamente lleno de una sociedad escogida y elegante. En fin, la velada no pudo ser más agradable.

El empresario de estas funciones ha pedido á Tamberlick que cante en aquel teatro dos óperas más, y el rey de los tenores ha prometido al activo y simpático Teniente Gobernador Sr. Campos, dar una función, cuyos productos se destinen á las obras de la cárcel.

Te prometo asistir, y hablaremos después: adiós,

JUAN PARTICULAR.

## SARTENAZOS.

¡Qué adelantos se hacen tan grandes!  
En una carta de Santiago de Cuba, que publica *La Voz de Cuba*, leo:

“Tuvo lugar una lucida serenata alumbrada con hachones encendidos.”

Vea usted si es poca ventaja! Hasta ahora no sabíamos alumbrarnos más que con hachones apagados, pero ya....

¡Cuánto discurren los hombres!

El Comité que entiende en las capitulaciones, ha hallado las pruebas de la traición de Bazaine, pero un periódico habanero las niega, diciendo que Bazaine no hizo traición.

Entre ambas opuestas opiniones, estoy por las del periódico habanero.

Porque ¡qué ha de saber de eso el Comité exclusivamente encargado de averiguarlo!

Animo, caballeros.

Hoy es la despedida del Carnaval, y se echa el resto con un baile de Piñata en el Gran Teatro de Tacon, otro en los salones del Louvre y uno para personas de color en Albisu. Todos con su rifa correspondiente. Huy! huy! huy!

Los franceses tienen ya casi todo el dinero que deben á la Prusia.

Y 2.400,000 chascapots de los que pelean solos.

Y un ejército numeroso y respetable, escogido y espulgado de pícaros comunistas.

Y pronto cinco nuevos barcos blindados, capaces de hacer fuego hasta debajo del agua.

¿Qué les falta ya para ser felices?

Ah! un paseito á Berlin, para preguntarle á Bismark por su salud.

Ha dejado de publicarse *La Gaita Gallega*, periódico festivo que veía la luz en esta capital desde principios de Enero último.

Lo sentimos.

—Usted dispensará que lo moleste, pero me debe usted cuarenta duros, y estoy tan apurado, que en esta ocasión un duro para mí es lo mismo que veinte.

—En ese caso, tome usted dos y ya estamos en paz.

En Guanabacoa se ha celebrado este año el Carnaval con una animación inusitada.

El martes último se verificó la gran procesión y convite en la loma de la Cruz, y el domingo de Piñata se hará otro paseo más espléndido si cabe que el primero, con una comida en la citada loma, para solemnizar el entierro del Carnaval.

Los preparativos son grandes, el *embullo* sobrepaja á los preparativos; de manera que el domingo de Piñata será memorable en la villa de las lomas.

La gente de buen humor está invitada para acudir á esa solemnidad. Vayan, pues, que no faltará la escudella de rigor y algo más que se calla por no alarmar á la gente.

### PENSAMIENTOS DE CUARESMA.

—La vida es un potaje en que la mujer hace de garbanzo y la suegra de espinaca.

—El bacalao es el dueño de la situación.

—El ayuno del que espera hartarse, me hace el efecto del hombre que se purga para asistir á banquete.

—Comer de vigilia es más caro que comer de carne, lo cual prueba que el bolsillo hace también penitencia.

—Las economías son la vigilia de la política: hay bula.

—¿Quiere usted hacer penitencia?—Vea usted la *Norma* en Tacon.

—¿A que no sabe usted en qué se parecen los abogados á unas tijeras?

—En que *parten* al que se pone por medio.

Un estudiante prestó el otro día su frac á un compañero suyo para que fuera á un baile.

Apénas se lo había puesto su amigo.

—¡Ya lo has manchado! exclamó horrorizándose.

—¿En dónde está la mancha? le preguntó su camarada.

—En ninguna parte, hombre, dijo el prestador; es que tengo hipo y he querido asustarme para que se me pase.

### MAXIMAS.

En caso de tener deudas, pocas, pero buenas.

Come donde coman, y corre donde cobran.

Pide y no pagues, que somos mortales.

Donde quiera que fueres, sé tú el que debieres.

Al amigo más bueno, muchos consejos y poco dinero.

Anda tú caliente, y hiélase la gente.

Bolsillo lleno, no tiene dueño.

Cuando las trampas de tu vecino veas pagar, cuida las tuyas de triplicar.

En casa del hambriento, no busques talento.

Come bien y no mires á quién.

Cobra el barato y échate á dormir.

Sigue estos consejos, ¡oh amado Teótimo! y llegarás á ser un señorito.

—JUAN PALOMO! JUAN PALOMO!

—¿Qué se ofrece?

—Hazme el favor de tomar en tu diestra este garrote.

—Ya está.

—Escrímelo con fuerza.

—Bueno.

—Pues descárgalo sobre mis costillas.

—Hombre! eso es mucho: ¿y por qué?

—Porque lo merezco.

—A ver.

—Nó, si es precisamente por no ver, por no ver que el artículo sobre las fiestas de Matanzas que yo, *Juan Centellas*, escribí para el número pasado, carecía de la más justa de las menciones, la de los hijos de Canarias, que promovieron las fiestas, que tenían diversas tiendas y obsequiaron á todos espléndidamente, y no vi también que no le echaba ni un sólo chicleo á mi amigo Pepe Curbelo, que ha sido el alma de la FERIA Exposición y lo será de la Sociedad de Beneficencia y protección agrícola que vá á formarse.

—Vaya, pues si no es más que eso, en lugar de un garrotazo, se lo dices á esos caballeros y quedas en paz con todos.

Con que, señores, ya lo saben ustedes.

Si te dice un prójimo:—“En toda la redondez de la tierra sólo hay dos buenos mozos; el uno, es usted; el otro, usted lo dirá....” ¿Qué contestarás, lector?

Yo lo sé, contestarás:—El otro es usted.

Pues ahí vamos.

El príncipe heredero de Rusia dá un convite á su colega el de Alemania: toma una copa y brinda.

—En el mundo, dice, sólo hay dos valientes capaces de meterle el resuello al lucero del Alba; el uno es S. A. I. el príncipe heredero de Alemania; el otro.... él lo dirá!

Y S. A. I. de Alemania contestó, como era de cajón.

—El otro es S. A. I. el príncipe heredero de todas las Rusias.

En tabernas y en palacios las mismas, idénticas costumbres.

Por algo se ha dicho que los extremos se tocan.

Un telegrama de Inglaterra dice con mucha formalidad: “No ha habido tumulto á la apertura del Parlamento.”

Que es como decir:—Era de noche, y sin embargo, llovía.

Don Lucas tiene una mujer muy fea, muy flaca y muy insoportable.

El miércoles de Ceniza llegué yo á casa de don Lucas á eso de las siete.

—¡Ay! qué cansado vengo.

—Siéntese usted, amigo, me dijo don Lucas, ¿de dónde viene usted?

—¡De enterrar la sardina!

—¡La sardina! dijo don Lucas con sorna, pues entonces me he quedado sin mujer.

La señora de la casa se mordió los labios.

## SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

"La navaja y la taberna  
á todo lo malo obligan,  
y hacen del hombre que es bueno  
un miserable homicida."

Ea, esa es la solución, y ahora les diré á ustedes que me la han remitido por cartas doña Luisa Cuevas, Juan Gutierrez, Rosalía Moreno y uno que firma Perriqui.  
¡Vivan los valientes y las valientas!

Los buques de la carrera de Manila se aseguran de riesgo de guerra por miedo á la cuestión del *Alabama*.  
A Cayo-Hueso ha llegado una comisión de ingenieros para fortificarlo.

A bordo del monitor *Terros* se ha dado un baile.  
La otra noche arrojaron un perro desde el tercer piso del teatro de Albu, y ¡paf! se reventó.

Todo esto son síntomas seguros de guerra; pero se cree que no habrá nada si no empiezan á sacudirse palos ingleses y yankees.

Se anuncia para estos días un frío muy intenso.  
¡Mire usted que será cosa rara en este país!  
Yo lo creo imposible, á no ser que esté dispuesto así para obsequiar al príncipe ruso con una cosa de su país.  
¡Cómo nos lo agradecería!

¡Caramba!

En un accidente ocurrido en un ferro-carril italiano, la célebre trágica Adelaida Ristori, que viajaba en él, recibió varias contusiones.

Ahí tiene usted una tragedia que la Ristori pudo representar muy á lo vivo y sin anunciarla al público.

## DOLORA.

—¿Vas al baile, Enriqueta?—No, hija mía.  
—¿Me admiras! ¿Y por qué?  
—Porque espera papá su cesantía  
Y....—Basta, ya lo sé.

El sábado de la pasada semana se verificó el enlace de la bella señorita doña María Loreto Plá con el joven é inteligente jurisconsulto don Félix del Barrio y Corp.

La ceremonia se verificó con gran pompa y ante una numerosa concurrencia, que hacia votos por la felicidad de los contrayentes.

Merecen ser muy felices, si señor, y lo serán, Dios mediante, porque ambos reúnen las condiciones necesarias para hacer de la vida una eterna luna de miel.

Por supuesto, que en casa de los padres de la novia hubo un espléndido refresco, muchas niñas bonitas y muchos pollos recalcitrantes que, el que menos, salió con ganas de ser el protagonista de otra fiesta como aquella.

## RECUERDOS DEL CARNAVAL.

—¡Ingrata, venir al baile sin mi permiso! ¿Dónde está el amor de que blasonas?

—Chico, dispénsame; he venido con mi primo....

—Tienes poca constancia. Todas las mujeres tienen debilidades, pero tú más que todas juntas.

—En lo de poca constancia estoy conforme; pero en cuanto á que tengo debilidad, te equivocas, chico, porque acabo de comer un bistek con patatas.

Ayer le oí decir á un prójimo.

—¡Seré desgraciado! Voy al baile, me gasto un dineral, conquisto por fin una mujer.... ¡y era la mía!

—Hola, Merceditas; se han divertido ustedes mucho en estos Carnavales?

—Muchísimo, Pepe, muchísimo....

—Cómo es que no estuvieron ustedes en la tertulia de doña Petra?

—¡Ay, no me hable usted de esa tertulia, hijo mío! ¿Querá usted creer que una noche sacaron á última hora seis sardinas para veinte personas que estábamos? Diga usted, ¿es esto portarse con decoro?

—¡Qué ha de ser, señora!

—¡Fué una miseria inaudita! Ya vé usted, yo soy una pobre viuda y en el Carnaval del año pasado, que di aquel concierto, obsequié á la reunión con un gazpacho á la andaluza que se chuparon hasta el codo de gusto; y para que no hubiese motivo de queja ni me tachasen de miserable, le hice servir en un lebrillo el más grande de la casa.... Como que era el destinado para los baños de piés.... y los baños de asiento.

—Ah!

—Sí, señor! Pero esa doña Petra no sabe portarse en sociedad como es debido.

—Está claro!

## MODAS POLITICAS.

*Pasadas.*—Los manifiestos políticos.

La salud del príncipe de Gales.

El divieso de la reina Victoria.

*Presentes.*—La cuestión de Cuba y la idem del *Alabama*.

Mr. Sickles y el petróleo.

El pistoletazo "Thiers."

El jaleo catalán.

*Futuras.*—El gran tiberio español—francés—inglés—americano—pruso—ruso—chino, y

¡La mar!

Parece que es cosa decidida que el Banco Español de la Habana emita billetes pequeños.

—¡Canario! decía un amigo mío que padece *arranquitis*; si siendo como son los billetes actuales no los veo ni con lentes, qué sucederá cuando sean más pequeños?

La ceniza que nos han puesto el miércoles en la frente nos obliga á pensar en la muerte.

Hé aquí un diálogo entre dos sepultureros, que he oído por casualidad uno de estos días.

—Vamos, que la semana no ha sido mala.

—Diez muertos.

—Algo es.

—Y para eso, dos ricos nada más.

—Con todo, diez....

—No exageres, ¿pueden llamarse muertos á los que enterran de caridad?

¡Pulvis eris...!

—¿Adónde vá usted con esta lluvia? preguntó una señora á un caballero un día que estaba diluviando.

—Qué quiere usted, si no tengo otra?

En Calcuta hubo un motín.

¿Habrá llegado allá el *primer ilusionista* De-Castro?

Y después de este motín, el personaje que más manda en aquel pueblo ha dado orden para que cincuenta de los amotinados mueran á la boca de un cañón.

¡Viva el rumbo!

¡Ya se necesita boca para todo eso!

Pero he visto yo algunas bocas capaces de matar más de 50 de una sola vez.

—¿De un tiro?

—No señor, de un discurso.

## LOGOGRIFO.

Soy una cosa que suena,  
y que oírás después de muerto,  
y mira lo que en mí encuentras,  
poco más ó pocos menos:  
el nombre de una mujer  
tocaya de un calvo egregio,  
lo que llevamos á causa  
de un pecado de otro tiempo,  
un licor que no es muy sano,  
una divisa, un torero,  
un chiquillo juguetón  
y sin pizca de respeto;  
una astucia, una medida,  
lo que supone más miedo,  
un oficial, lo que tiene  
la banda de un regimiento,  
una fruta, una ciudad,  
uno de los elementos,  
una letra, una derrota,  
como llaman al ejército,  
lo que se le dá á los chicos  
y se quedan tan contestos,  
lo que hace el empleadito  
cuando le pagan el sueldo,  
otra fruta, una manía,  
y lo que es el bello sexo,  
y lo que hago yo, lectores,  
en este mismo momento.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria,"  
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.



## A ESPERAR AL PRINCIPE RUSO.

—Anda, Pancho, no sea que lleguemos tarde.—No tengas miedo, mujer. ¡Venir de Ceiba-Mocha sólo por ver un ruso!—Pero, hombre, es que yo no he visto ninguno. ¿En como los demás hombres?—Mira, figúrate que es un americano, pero traducido al ruso.—Señora, el niño Pascual ya dice K y lo repite.—Anda, eso es que ya va aprendiendo á hablar en ruso.—Corre, corre, Serafina, que o diremos al príncipe que te enseñe su lengua.